

Víctor Alzamora Castro fue un hombre polifacético, profundamente interesado en todas las manifestaciones del espíritu humano, a la vez que un admirador afectivo y racional de la naturaleza. Sentía con pasión, pensaba con diáfana claridad y hablaba con franqueza.

Breve fue su vida, pero la estela luminosa que ha dejado persiste con nítidos fulgores. Grande fue su obra de investigación científica, de docencia médica, de organización hospitalaria. Vida con definidos caracteres apostólicos y obra que proyectada al futuro se agiganta con el pasar de los años.

Si se afirma que es característica esencial del hombre su aptitud para el diálogo y, como sostiene Nossack, su capacidad para dialogar consigo mismo, debemos concluir que nuestro recordado maestro fue un hombre cabal en el amplio sentido del vocablo. Su vida fue un diálogo constante. Dialogó con la naturaleza investigando la patología de un corazón o el cambio de una onda electrocardiográfica. Dialogó con el hombre del ayer en su excelente libro póstumo “Mi Hospital”. Dialogó profundamente consigo mismo en las sentidas estrofas de sus versos.

Nacido en Cajamarca, la belleza del paisaje inundó su alma y lo hizo poeta. Su exquisita sensibilidad artística se manifestó, en sus años jóvenes allá en 1930 cuando escribió:

¿Sabías que hay árboles hombres
y árboles mujeres
y que el viento es música
que los hace bailar?

¿Sabías que el más viejo perfume,
la mejor fragancia
la hace la lluvia cuando moja la
tierra?

¿Sabías que hay aguas tristes,
calladas y viejas
y que hay otras, niñas y alegres,
que juegan con las piedras?

¿Sabías que hay diminutas flores,
muy lindas
que como el amor, no se ven
y que perfuman el pie que las mata?

¿Has visto acaso alegrarse y brillar
al rocío prendido en las pencas,
cuando sale la luna?

¿Has sentido la pena de ver morir lentamente
la luz de una luciérnaga herida?

¿Has tenido miedo
del terrible miedo del fuego del cielo
que detiene aun el amor del venado?

¿Has oído quejarse a los árboles viejos?

¿Sabías que en la tierra mía
viven todos los verdes
y que a todos, a todos
los he visto yo?

Si la belleza de la campiña cajamarquina, tan profundamente enclavada en su sensibilidad, aflora en la pureza bucólica de sus versos, la dureza granítica del Ande forjó en su alma la rígida exactitud del científico y el vigor del luchador. La ascendencia hispánica cuajó en su ser la eterna dualidad de idealismo quijotesco y la serena cordura de Sancho. Idealismo trascendental, pues, la obra cervantina es biblia de la raza y alegoriza el misterio del alma inquieta y generosa de la herencia ibérica. Víctor Alzamora repitió aquí, bajo el cielo limeño, la afanosa quimera del magro señor de Cervantes de desfacar entuertos y socorrer afligidos en el ensueño de mejorar la salud de sus pacientes y la práctica médica de sus discípulos.

Hijo del distinguido médico pediatra don Vicente Alzamora Pol y de doña Elvira Castro Mendivil de Alzamora, desarrolló desde la infancia vocación hipocrática. Cursó sus estudios pre-médicos en la universidad de Trujillo pasando luego a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional San Marcos

de Lima, donde se graduó de Médico Cirujano. Posteriormente fue a los Estados Unidos para especializarse en Cardiología al lado de la venerable figura de Frank N. Wilson, aquel revolucionador de la electrocardiografía, y con los maestros Johnston y Rosebaum, de quienes guardaba los mejores recuerdos y sus mayores agradecimientos. De regreso a Lima, después de una estadía en la Sala San José, entonces jefaturada por el Doctor Rafael M. Freundt, fundó el Consultorio Externo de Cardiología del Hospital «Dos de Mayo» en 1944. Desde este consultorio se difundieron por el país las ideas wilsonianas de la electrocardiografía vectorial.

Este servicio cardiológico se hizo con el esfuerzo de Víctor Alzamora y se mantuvo y creció con la ayuda de sus amigos, de sus pacientes y de la Beneficencia Pública de Lima. La fundación Kelloggs contribuyó con sus donativos a la adquisición de equipos indispensables para la atención de los cardiopatas. Debo recordar el nombre de Don Faustino Silva, ligado a un importante donativo para mejorar el servicio que en adelante llevaría su nombre.

En este consultorio, Víctor Alzamora prodigó sus enseñanzas especializadas y fue aquí donde se formó una pléyade de ilustres cardiólogos que han dado lustre a la medicina peruana en la investigación y la práctica de la especialidad, en la docencia y en el desempeño de puestos de vanguardia en la investigación científica. Allí nos formamos al lado del maestro con Guido Battilana Dasso, Ricardo Abugattas Jasahui, José Bouroncle Carreón, Jorge Rodríguez Larraín P.; David Paredes Gálvez, Eduardo Santa María Vanini, César Zapata Vargas, Régulo Agusti, Ricardo Subiría Carrillo, y otros. Tuve la suerte de permanecer al lado del maestro desde 1944 hasta su dolorosa desaparición en 1961. Vana pretensión sería querer presentarles la lista completa de los cardiólogos que se formaron con Víctor Alzamora. Basta decir que ellos están repartidos en el territorio nacional y aún en países extranjeros, donde conservan incólume el recuerdo del maestro y aplican con éxito las directivas que de él recibieron.

Maestro en el sentido más amplio del vocablo, se dedicó, al comienzo de su vida profesional, no solamente

a formar cardiólogos con profundos conocimientos de la especialidad sino principalmente a formar hombres cabales. Y así, al lado de sus exposiciones de índole clínico-cardiológica estaban siempre las disquisiciones de orden moral y relativas a la justa conducta humana, las que como en un nuevo pentecostés se cernían como lenguas de fuego sobre las cabezas de sus discípulos grabándose con acerado troquel en sus conciencias juveniles. Más tarde, en la docencia universitaria como Profesor Principal de Clínica Médica, dedicó sus mayores esfuerzos a la reforma integral de la enseñanza de la medicina y a la formación de profesionales eficientes, con sólidos conocimientos para bien de la sociedad.

Fue en el consultorio externo de Cardiología del “Hospital Dos de Mayo” donde Víctor Alzamora realizó los trabajos experimentales cuyos valerosos resultados dieron lugar a gran número de publicaciones, las que fueron acogidas en prestigiosas revistas especializadas peruanas, norteamericanas, alemanas, mexicanas, argentinas, brasileñas, etc. Allí se investigó sobre el origen y el significado de las ondas T, su polaridad y sus alteraciones morfológicas; se estudió también acerca de los bloqueos intraventriculares, averiguando los caminos seguidos por los vectores de activación y de repolarización en la pared ventricular; se investigó sobre bloqueos fibrilares, sobre la acción de estimulación senocarotídea en la angina de pecho, en el edema agudo del pulmón, en las crisis hipertensivas y en los cambios de polaridad y de morfología de las ondas T en los cardiopatas, en oposición a las modificaciones producidas por el esfuerzo físico. Allí también se investigó sobre “los potenciales de acción monofásicos en el músculo cardíaco lesionado”, experimentación que constituyó su tesis doctoral (en la que se demostró que la única condición esencial para la aparición de los potenciales de acción monofásicos es el bloqueo de la excitación y que la corriente de lesión es un fenómeno accesorio que puede o no estar presente. Cuando el músculo cardíaco está severamente lesionado la excitación se bloquea y entonces se inscriben los potenciales de acción monofásicos. Al disminuir el daño cardíaco los procesos de despolarización y repolarización se realizan lentamente y entonces se inscriben los complejos QRS-T anchos y amplios). Entre las restantes investigaciones señalaré la descripción

original del soplo sistólico de la estenosis aórtica que fue bautizado como “soplo romboidal” y se revisó la influencia de las grandes alturas en la determinación de algunas malformaciones cardíacas. El Dr. Guido Battilana se ocupará extensamente sobre la producción científica de Víctor Alzamora Castro.

Permítanme, en este momento, una parodia. El Conde de Foxá, en su hermosa “Gesta del Descubrimiento” nos dice: “Con un palo y un trapo,/ realizando proezas/ y mirando de noche a la estrella polar/ por aquí entraba España/ entre hirsutas cabezas ...” Así, a la manera del insigne genovés, con un palo y un trapo investigó Víctor Alzamora. Aún se dibuja en mi recuerdo la figura del enfermo Chanchaima manteniendo artificialmente la respiración en los perros con el tórax abierto mediante un fuelle primitivo, de aquellos que se usan para avivar el fuego en las estufas de carbón. Aún veo a Víctor Alzamora fabricando ingeniosamente sus electrodos impolarizables y después, al lado del electrocardiógrafo de registro fotográfico, deteniendo los ensayos hasta desarrollar las películas en el cuarto de revelado y observar detalladamente los resultados que se iban obteniendo. Así, con un palo y un trapo se fueron estudiando los cambios de las ondas T, los bloqueos cardíacos y los potenciales de lesión.

Tal vez podríamos continuar con Foxá cuando nos dice: “Navegar al ocaso/ con la brújula local/ pero fija la fe/ cada golpe de viento/ una patria futura/ y un idioma en la playa/ donde ponen el pie ...” Y así cada cambio observado en los trazos, a veces inesperado, en esa aventura del pensamiento, era motivo de honda meditación y que obligándonos a centrar nuestra brújula hacía luz en su cerebro, acercándonos a una nueva y racional interpretación electrocardiográfica.

La pobreza del medio en que investigó Víctor Alzamora es una prueba de que no son los complicados y precisos equipos ni los modernos cerebros electrónicos los que hacen avanzar nuestra ciencia. No olvidemos que Mark Kenzic, con un polígrafo de su propia fabricación e investigando en el aislado pueblo inglés donde ejercía, pudo describir el capítulo de las arritmias cardíacas. Como en todas las ramas del conocimiento humano, las grandes verdades surgen como el fruto de la inteligencia

del hombre. Es la chispa genial que iluminando el entendimiento permite establecer relaciones entre los hechos y sacar conclusiones que se constituyen en verdades demostrables de la ciencia.

La necesidad de investigar que impulsa al hombre y que marcó en forma indeleble la vida de Víctor Alzamora es tan antigua y elemental como su anhelo de creación artística. El conocimiento es nuestro destino en cuanto seres humanos. El estudio de esta necesidad urgente de conocimiento y su influencia en la historia de la medicina es una de las actividades más hermosas para quienes se interesan por el estudio de las ciencias médicas. Descubrir los caminos y hasta los senderos de la naturaleza, las dificultades que en esa labor ha tenido que vencer, las actividades heroicas que ha realizado pagando a veces con la vida su generosidad; las ideas grandiosas que ha concebido, sin olvidar las casualidades que contribuyeron a sus victorias, la penetración intuitiva, casi profética y los sagaces análisis interpretativos de aquellos destacados médicos investigadores. Estudiar esos hechos y asimilar sus características esenciales constituye uno de los objetivos de la cultura científica orientada al estudio del hombre como ser investigado.

El maestro estuvo profundamente preocupado por la eficiente preparación universitaria de los estudiantes de medicina y consideró inaceptable para dicho fin el establecimiento legal del tercio estudiantil en los órganos de gobierno de la Facultad de Medicina. El clima de marcada rebeldía de algunos grupos de estudiantes determinó su renuncia con casi 500 profesores fernandinos, los que reunidos en una asociación de docentes prontamente fundaron la universidad que hoy lleva el nombre de Cayetano Heredia. Lo prematuro del deceso de Víctor Alzamora no le permitió ver el excelente fruto que ha dado esa universidad, de la que fue uno de sus principales gestores y que ha dado su nombre a la Escuela de Posgrado.

Su actividad institucional se centró principalmente en la Sociedad Peruana de Cardiología, de la que fue miembro fundador y más tarde su presidente, y en la Academia Nacional de Medicina, de la que fue miembro asociado. En el aspecto gremial tuvo destacada actuación en la Federación Médica Peruana, en la

Asociación de Médicos del Hospital “Dos de Mayo” y en la Sociedad Médica “Daniel Alcides Carrión”. Incansable organizador hospitalario en su cargo de inspector del Hospital “Dos de Mayo”, trató de sacar a su querido nosocomio de la organización medieval en que se debatía. En breve tiempo consiguió sentar las bases de un moderno funcionamiento hospitalario.

En el aspecto cultural humanístico destaca su libro póstumo “Mi Hospital”. Esta obra, cuya publicación fue realizada por un grupo de sus discípulos y de sus amigos, resume interesantes aspectos de la historia del Hospital “Dos de Mayo” y contiene documentos sobre el proceder de los médicos en singulares momentos de la medicina peruana, del hospital y especialmente aquellos relacionados con el martirologio de Daniel A. Carrión.

Víctor Alzamora fue un aficionado, profundamente conocedor del arte de la fiesta taurina, atávica reminiscencia de sus remotas raíces íberas. La inspiración prehistórica que creó los monolíticos “toros de Guisando” y la “estela de Clunia” subsistió en su vivencia hispánica como un rito de color, de gracia y de coraje, porque la corrida de toros es pintura, es sinfonía, es epopeya, es deporte y es drama, los que se aunaron en el alma generosa e inquieta del maestro.

Esa inquietud espiritual lo llevó a ser un asiduo coleccionista de las bellas conchas de los moluscos de nuestro país, habiendo reunido piezas de mucho interés y de gran belleza¹ en su afán de conocimiento y de admiración por la naturaleza y a través de ella toda la Creación.

Lo excepcional de Víctor Alzamora Castro fue la gran amplitud de su horizonte mental. Dilatado fue su saber, pero todo su pensamiento estuvo movido por una voluntad activa y por una pasión creadora. Su trabajo, por su gran magnitud, pareció creación colectiva, cuya fuerza provenía del pasado y que trascendía a lo futuro como un soplo animador y profético.

Finalmente, el 25 de julio de 1961, a los 49 años de edad, con el corazón destrozado por una grave cardiopatía isquémica y con el alma tranquila y llena de generosidades, recibió la muerte, auténtica encarnación de lo sublime, que respetuosa y quedamente lo invitó a pasar el sagrado pórtico donde los grandes encuentran una nueva, más alta y más noble perennidad.

Y así Víctor Alzamora Castro no pasó del ser al no ser, sino que trocó su ser finito por un ser permanente en el corazón y en el recuerdo de quienes lo rodearon. Y se fue, sin saber que, por las modalidades de su genio, también era él uno de los cardiólogos inmortales.

1. Ver p. 15 de este número de *Acta Herediana*.